

# EL CRUCE POR TORRE VIEJA

Jorge Bucaran Mahoney



# Capítulo 1

## EL CRUCE POR TORRE VIEJA

### PRÓLOGO

Harold Miller falleció a comienzos de la primavera como consecuencia de unas complicaciones debido al frágil estado de salud que padecía. No sería acertado decir que él mismo había augurado lo que iba a ocurrirle, sin embargo, desde hacía algunos años venía insistiéndole a Thelma, su esposa, que se iría a la tumba antes que ella.

No fue aquel el único motivo por el que su mujer comenzó a tomar en serio las recurrentes visiones de su esposo, pues presentía que había una convicción no revelada más allá de lo que ella suponía que era aquella extraña percepción intuitiva. Thelma lamentaba, por encima de todas las cosas, no haber hecho el intento siquiera —sino hasta el último momento— de hablar con franqueza y contarle a su hija Julie acerca de toda aquella suerte de premoniciones que había anticipado su padre, sobre todo, en las semanas cuando su enfermedad comenzó a empeorar. En más de una ocasión se reprochó en silencio el que hubiera desperdiciado los momentos más oportunos para conversar con ella. Si no lo hizo, fue tal vez porque Thelma sabía del terrible carácter de su hija, en particular, su firme escepticismo al no aceptar nada que tuviera que ver con viejas creencias familiares y algunos temores heredados. Julie solía decirle que todos aquellos miedos atávicos estaban siendo alimentados por la ignorancia. «Son pura basura, mamá, tus ridículos prejuicios están arraigados en la superstición».

### I

Harold había pescado un resfriado común que desafortunadamente terminó complicándose después de algunas semanas, hasta que se volvió una fuerte neumonía que lo obligó a guardar cama hasta los últimos días del invierno pasado.

A pesar de que los estudios iniciales de laboratorio indicaron que su salud estaba dentro de los límites aceptables, de acuerdo con el criterio médico, aquella primera evaluación sugirió en apariencia que no había

necesidad de recluirlo en el hospital para aquel momento. Pero días más tarde, al no observarse ninguna mejoría, Thelma avisó a su hija por teléfono y lo llevaron a visitar el hospital de nuevo. La radiografía torácica practicada al señor Miller mostraba condensación del lóbulo inferior izquierdo, compatible con una leve infección de pulmón, la que en pocos días terminó convirtiéndose en una neumonía severa.

Cierta mañana, mientras madre e hija aguardaban por unos resultados en el hospital, sin querer, Julie escuchó una conversación entre dos médicos de guardia en la que hablaban acerca de que la saturación de oxígeno arterial de su padre era 89%. «El cuadro es de pronóstico reservado», había dicho uno de los galenos en voz baja. A ojos de Julie, aquel comentario no pintaba buenas noticias. Su colega, luego de analizar las placas que le habían realizado, parecía algo más preocupado. No obstante, en ese momento ninguno de los dos profesionales de la medicina dio explicaciones a Julie o su madre, ni fue a informarles de algún avance acerca de lo que realmente estaba aconteciendo con el estado del señor Miller. De haberlo hecho, quizá se hubiera encendido una pequeña señal de alerta en Thelma o su hija por si se presentaba la urgencia de tomar una determinación a tiempo y realizar algún cambio sobre la marcha esa mañana.

A pesar de que a Julie siempre le había incomodado el hermetismo exagerado que en ocasiones guardan algunos galenos, la joven madre juzgó que la conversación no sonaba a términos médicos de cuidado por los que tuviera que preocuparse y, por otro lado, sumado al mismo desconocimiento tal vez, Julie tampoco exigió una aclaración al respecto ni se le ocurrió buscar una segunda opinión para que su padre fuese evaluado por algún médico de confianza de la familia.

Al día siguiente el estado de salud del señor Miller comenzó a deteriorarse en forma progresiva, parecía como si la predestinación estuviera jugando en su contra. A las setenta y dos horas de haber sido hospitalizado, Harold Miller desarrolló una hipotermia severa y comenzó a sufrir una disminución en la producción de orina. Todos los síntomas que venía presentando, sobre todo el de la retención de líquido, sugerían que había claros signos de deshidratación y que sus riñones no estaban respondiendo como deberían.

El paso apresurado de personas dentro de los corredores del hospital llenó de angustia a Thelma, quien también había llegado acompañada de su hija muy temprano esa mañana. Las dos mujeres tenían algún tiempo aguardando a que alguien les informara algo concreto acerca del estado de salud del señor Miller. El mal genio de Julie Miller estaba tardando en explotar. Sin embargo, de forma inesperada Thelma se adelantó plantándose en medio del corredor.

—¡Por Dios, señor! ¿Puede alguien en este hospital decirme por qué tardan tanto los doctores allí adentro? —preguntó con los ojos desorbitados, y obstaculizando el paso a uno de los chicos del servicio de emergencias que venía por el pasillo—. ¿Qué es lo que tiene mi esposo Harold? ¡Todos nos evitan, nadie dice nada!

—Disculpe señora, no sabría decirle. Mire, yo solamente soy el que traslada a los pacientes. ¿Por qué no se informa allí en la...? —articuló el muchacho, quien pretendía indicarle que preguntara en la ventanilla de enfermería.

—Bien, puede continuar con su trabajo, camillero. A partir de este momento yo me haré cargo de todo. Señora Miller, le ruego que intente calmarse. Puedo asegurarle que los médicos que están atendiendo a su esposo en este instante están tratando de hacer todo lo posible por estabilizarlo —explicó una enfermera entrada en años, quien había tomado el control de la situación.

—¿Están haciendo todo lo posible por...? —dijo Thelma, desviando la mirada hacia Julie—. ¿Qué significa eso?

—Señora Miller, debe usted entender que la infección fue progresando demasiado rápido, y por lo tanto fue desgastando la salud de su esposo...

—¿Infección? Un momento... ¿Cómo que una Infección? Escuchamos a los médicos hablando, pero ninguno parecía estar alarmado. Además, nadie nos ha dicho nada acerca de una infección. Debe ser un error.

—La entiendo. Lo que quiero decir es que nada hay que ustedes puedan hacer por él en este momento que no sea esperar hasta mañana —trató de explicarle a las afligidas mujeres.

»El problema que más preocupa a los doctores en este instante es la complicación que el señor Miller pueda tener con sus riñones, puesto que está reteniendo demasiado la orina. Venga conmigo para explicarle mejor.

La madre de Julie enmudeció de pronto. Parecía como si la señora Miller se hubiera desconectado del mundo terrenal. Advirtiendo lo que ocurría, su hija la tomó enseguida por el brazo.

—Gracias enfermera, no es necesario que usted nos explique nada. Pienso que en este momento mamá no es capaz de... Bueno, mejor olvídelo. Yo trataré de hacerle entender lo que está sucediendo con mi papá —agradeció Julie, llevándose a su madre a otro lugar de la sala de

espera.

—Bien, como usted quiera señora. Si necesitan saber algo más, tan solo pregunten por mí en aquella ventanilla. Hasta luego.

—Ven mamá. Vamos a sentarnos unos minutos, creo que necesitas un respiro.

II

—¡Sí Julie, por favor, hija! Explícale que solo quiero irme a casa con tu padre —repuso Thelma al cabo de unos minutos, casi como una súplica, al ver de nuevo a la asistente social entrando al elevador y desaparecer tras cerrarse las puertas.

Por un momento Thelma parecía haber perdido la noción de realidad.

—Ven, vámonos a casa, mamá. Seguro que mañana estará algo mejor.

—Harold me lo dijo, Julie —murmuró Thelma—... Harold me lo dijo.

—¿Decías algo, mamá?

Aun cuando el fatigado organismo del señor Miller a duras penas trataba de resistirse al llamado del más allá, este en vano pudo seguir luchando contra la severa infección que había en sus pulmones. Sin embargo, y como cosa extraña, terminó siendo su débil corazón el que no soportó el embate de una prolongada enfermedad. La mañana del cuarto día, después de que fuera hospitalizado, madre e hija recibieron una fría e inesperada noticia: Harold Miller dejó de respirar poco antes de aclarar el día.

Algunos familiares y muy pocos amigos asistieron al funeral para despedir a Harold la mañana que fue sepultado.

Días más tarde, madre e hija fueron al hospital una mañana para firmar unos papeles relacionados con el seguro y retirar el informe médico definitivo. Lo último que explicaron a la señora Miller y a su hija ese día, fue que su esposo mostraba una severa necrosis en los tejidos de sus pulmones, y que en la autopsia el examen macroscópico indicaba algo sobre que la estructura pulmonar parecía haber perdido su condición intrínseca —aquellos eran términos que ninguna de las dos comprendían el significado— Los nervios de Julie se encrespaban cuando leyó el final del informe clínico, ya que puntualizaba diciendo más de lo mismo: que la necrosis estaba presente en casi todo el tejido que protegía a los

pulmones y que habían adquirido una apariencia esponjosa con escasas áreas sólidas.

—No entiendo nada de lo que dice aquí —dijo molesta—. ¿Qué es todo este enredo de mierda? ¡Por Dios! ¿Es que acaso estos matasanos no saben escribir en un lenguaje que se pueda entender? ¡Esto es el colmo!

—¿Qué sucede, Julie?

—Pues... pareciera que todos en ese hospital son unos tarados.

Julie logró serenar a su madre luego de hablar un rato con ella, pero un ataque explosivo de ira hizo que volviera pedazos el informe médico, retorciendo la carpeta con el grupo de hojas y arrojándolo después al fondo del pasillo. Thelma contempló indiferente a su hija mientras aplastaba el revoltijo de papeles como si se tratara de un insecto peligroso, dejando un reguero de basura esparcido en mitad del corredor. Habiendo desahogado su furia, la joven mujer se dio vuelta y bajó la cara hacia su madre tratando de anticipar en su mirada la pregunta obvia, pero permaneció callada.

—¿Cuál se supone que deba ser el paso siguiente, mamá? ¿Ir a una clínica privada y contratar los servicios médicos de otro doctor para que nos traduzca la mierda que había allí escrita allí? —dijo Julie, pateando la puerta del corredor—. ¿Qué diablos sucede en estos hospitales? ¡Vámonos madre!

—¿Y qué vamos a hacer ahora, hija? Mira lo que has hecho con la carpeta que nos entregaron en administración. ¿Quién nos va a explicar lo ocurrido con tu padre? —preguntó Thelma, que parecía estar más centrada.

—¿Acaso tiene importancia ya, mamá? Lo único que yo entiendo es que papá falleció y no va a regresar. ¿Entiendes? ¡Papá ya no va a regresar, es la ley de la vida!

—Tanto esperar para tener que marcharnos con las manos vacías —dijo la señora Miller en voz baja, aludiendo a su amado Harold—. ¿Y qué hago con estas rosas que me dieron?

Julie miró con apatía el modesto envoltorio de flores, quería gritar debido a la impotencia. Estaba molesta con el hospital, con el personal que allí laboraba y con la vida. O tal vez con ella misma. Nada de aquella fría y enmarañada terminología, ni siquiera las explicaciones que les habían dado los galenos hacían sentido para ninguna de las dos mujeres.

—¡Por Dios, mamá... solo tíralas al cesto!

—¿Tíralas, dices?

—¡Vaya manera de expresarnos unas condolencias! ¿Te parece mamá, que eso sea un detalle compasivo para los familiares de alguien que ha fallecido? Más bien parece un ridículo regalo de despedida.

»A veces me pregunto qué clase de basura es la que se le mete a la gente en la cabeza. Mira qué estupidez, hasta le han puesto una cinta de color negro abrazando las flores en señal de luto. ¿Por qué no mejor un cuervo metido en una maldita jaula para que la llevemos a casa?

—ironizó.

Thelma tampoco tenía cabeza para entender los protocolos o pensar en las formalidades de un hospital, sus circunstancias no estaban como para recibir regalos. La madre de Julie sencillamente colocó el pequeño ramillete que le habían entregado sobre uno de los asientos de la sala de espera cuando abandonaba la recepción del hospital. A Julie quizá no le faltaba razón, nada de lo que había escrito en la hoja médica tenía importancia ya, Harold se había ido para siempre y era lo único que importaba o tenía sentido.

Por un instante la señora Miller se dio vuelta y miró hacia el fondo del corredor, tal vez hizo memoria del día en que trajeron a su esposo para que lo revisara el médico y le recetara algo para el resfriado que tenía. Es probable que ella nunca imaginó que abandonaría el centro de urgencias sin su compañero de toda una vida.

—¿Te gustaría pasar la noche en casa, Julie? Tienes tiempo que no lo haces. Ya es momento de que vengas y...

—No mamá, hoy llevo más prisa que nunca —rehuyó Julie incómoda—. Mira que hemos perdido toda la mañana esperando en el hospital, solo para que nos entregaran unos ridículos papeles donde no entendemos nada de lo que está escrito.

»A ver, te dejaré en tu casa y cogeré el atajo de siempre para ir volando a la oficina. ¡Rayos, mira la hora que es!, me temo que ni aun tomando el desvío por el cruce de Torre Vieja conseguiré llegar a tiempo.

—¿Torre Vieja? ¿El cruce de trenes? ¡Julie, hija...! ¿Piensas tomar ese atajo de nuevo? —advirtió Thelma nerviosa—. Hija ¿tú no crees que deberías ir primero a tu casa y revisar que todo esté bien?

—Mamá ¿qué te he dicho de no meterte en mis asuntos? ¿No

quieres entender que ya no soy una niña?

—Bueno hija, será como tú digas. ¿Vendrás el fin de semana a visitarme?

—Mmmm... Tampoco creo que me sea posible, mamá. Tengo mucho trabajo acumulado y debo concluir urgente un informe que aún no he podido terminar. En caso de que me necesites o se te presente alguna urgencia de último momento, puedes llamarme al trabajo en horas de oficina, allí voy a estar.

—Está bien hijita, si es eso lo que quieres, no insistiré más.

### III

Cierta mañana en que Julie había ido a visitar a su madre, la señora Miller decidió abordarla con una desacostumbrada charla mientras tomaban café. Thelma sabía que aquel no era precisamente el tema de conversación que a su hija le gustaba tener. No teniendo la menor idea de por dónde empezar, comenzó diciéndole que su padre Harold siempre había dicho conocerla bien. Pero después de algunos minutos, sentadas a la mesa aún, la plática se tornó algo incómoda y tomó otro giro.

—Para nada me extraña que te hubiera dicho algo así, mamá, papi era mayor que tú. Además, su salud siempre estuvo comprometida, eso tú bien lo sabías. Eras tú, quien no lo aceptaba.

Lo más extravagante —por no decir extraño— fue lo que Thelma le contó a continuación, y era que cuando solían caminar juntos por el bosque o pasear los domingos a orillas del lago, en ocasiones Harold llegó a susurrarle al oído que iba a lamentar tener que dejar este mundo primero que ella, que le atemorizaba la sola idea de dejarla desamparada y sin su compañía. Lo cierto es que todo el tiempo pensaba en lo frágil que era y en lo mucho que iba a sufrir cuando él ya no estuviera más a su lado. Sin embargo, hubo algo que sacó de sus casillas a Julie, y fue el haber escuchado a su madre decirle toda aquella sarta de necedades acerca de que su padre le había asegurado que el momento de decir adiós ocurriría justo a comienzos de la primavera, como si aquello fuera una suerte de plan que Dios tenía para él y que de algún modo le había sido revelado.

—Harold me lo decía a veces cuando paseábamos por el lago. Me lo recordó tres semanas antes de caer enfermo y luego cuatro noches antes de fallecer, fue justo cuando me permitieron entrar a verlo en la habitación. Mi viejo agonizaba, yo no lo sabía o estaba llena de miedo y me negaba a escuchar eso. Como sueles decirme, Julie: “que me niego a aceptar la fragilidad ante lo ineludible”. ¿Comprendes ahora? Debí



quedarme con él esa noche en la habitación.

—Un momento mamá, ¿insinúas que papá debido, a qué sé yo, alguna fuerza misteriosa o del más allá sabía de manera anticipada que iba a morir...? ¿Como si Dios en persona hubiera venido a decírselo? —resaltó Julie toda incrédula—. ¡Pamplinas! ¿Qué tonterías estás diciendo, mamá? ¡Aquello no era sino producto de sus pesadillas! Cada uno de nosotros tiene sus propios demonios mamá, sabemos que tarde o temprano terminan acosándonos, pero no de esa forma como lo interpretaste.

—Quizá Julie, pero estoy segura de que tu padre...

—Perdóname mamá, pero las cosas no son así de manera textual, ese ha sido siempre el problema contigo. Mira, tal vez le atormentaba el hecho de saber que algún día te dejaría en casa sin su protección, sin su apoyo y que quizá nadie te iba a cuidar como lo hacía él, eso es todo. Pero saber "cuándo" iba a morirse... De ningún modo, eso nadie puede saberlo. Tal vez Dios, si es que existe uno allá arriba.

—Bueno hijita, yo no pretendo insinuar nada. Es solo que dicen que cuando llega el momento de partir, uno sabe...

En ese momento Julie explotó. Se levantó de la mesa y cortó en seco la conversación con su madre.

—¡Dicen, dicen, dicen...! Eso es puro cuento de abuelas, mamá. ¿De veras crees ahora en todas esas mentiras y charlatanerías de viejitas? —dijo Julie con el estómago descompuesto por la conversación—. Es ridículo que alguien pueda presentir que va a morirse con tanta antelación, ¡por Dios! Un poco más y casi te revela el día con la hora. No entiendo para qué tuvo papá que decirte todas esas estupideces, ¿para mortificarte acaso?

»Es posible que cuando a un moribundo le faltan pocos segundos para expirar e irse al otro mundo o que esté agonizando, pueda intuir su cercanía con la muerte, eso no tendría nada de extraordinario, siempre que esté consciente de lo que le está sucediendo, pero de ninguna manera con el misticismo o en la forma como papi lo manifestó o te lo hizo ver. Es probable que lo que te quiso decir haya sido alguna suerte de metáfora, tal vez se trataba del momento... ¿Qué quieres que te diga?

—No estoy muy segura Julie, es solo que muchas veces pienso que Harold podía ver algo más allá.

—¿¡Qué me quieres decir con que veía más allá!? ¿Algo parecido a una premonición, que siempre intuyó su muerte mientras estuvo sano? ¿Acaso papá tenía un tercer ojo en la frente? ¡Por Dios, mamá! Hasta un

pronóstico del tiempo sería más fácil de acertar, ya que se supone que dispones de algunos indicios, datos climáticos o de una señal determinada y, sin embargo, tampoco es algo ciento por ciento acertado.

»Papi no tiene ni cinco meses de haber muerto y ahora no se te ocurre otra cosa que anclarte a esas tontas supersticiones, cuando tu antes me decías que no creías en ninguna de esas aberraciones.

—Ese es el problema, hija. Yo debí creerle cuando enfermó, ahora pienso que no lo cuidé lo suficiente. Creo que él sabía que aquella sería nuestra última navidad juntos. Él me aseguró que todo ocurriría antes de que comenzara la primavera.

—Hay mami, hablar contigo es imposible. ¿Resulta ahora que papi también anticipó en cuál estación del año pensaba fallecer? —dijo Julie con un dejo de frustración—. Creo que ya tengo suficiente por hoy. Recogeré mis cosas y me marcharé, mañana debo levantarme temprano para ir a trabajar.

Thelma miraba a su hija sobresaltada, sus manos temblaban casi debido a una especie de angustia. Ahora sentía el peor de los temores por haberle mencionado acerca de la pesadilla recurrente que sufría su esposo, la misma que cada noche lo visitaba después que se dormía y despertaba sudando en mitad de la madrugada para revelárselo mortificado.

Cuando Harold cayó grave la fiebre le hacía desvariar, pero entre delirio y delirio, en más de una ocasión le hizo prometer a su mujer que una vez que falleciera a finales del invierno, no se olvidara de advertir a Julie acerca de la visión que tuvo y de que no volviera a tomar el atajo del reducto —un antiguo pasaje abandonado que había por Torre Vieja, la cual ella solía tomar para evitar colas y poder llegar temprano a su oficina— que era más seguro si dejaba de coger el viejo pasaje y se fuera por la ruta más larga atravesando el casco viejo de la ciudad.

—Tu padre y yo pensábamos que habías dejado de irte por el cruce de Torre Vieja después que nació tu hijo. ¿Entonces Julie, no piensas ir por la ciudad? —preguntó Thelma, quien daba la impresión de estar espantada—. ¿No se suponía que...?

—¿Y tener que desviarme por una ruta más larga? Pues te aseguro que no será mañana mamá. Bueno, ya es algo tarde y creo que me iré directo a la casa a poner las cosas en orden.

—Por favor, hija, te suplico que no sigas tomando ese desvío tan peligroso. El cruce ferroviario es muy peligroso. No entiendo por qué no

terminan de cerrar ese acceso de una vez.

—¡Es a ti a quien yo no entiendo, mamá! ¿Qué tiene ese camino de malo, si es la ruta que suelo tomar todos los santos días para ir de mi casa al trabajo? ¿Para qué rayos habría de desviarme y tener que retrasarme con el tráfico por la autopista, solo por gusto?

»Además, me ahorra un tiempo muy valioso al no tener que atravesar la ciudad de un extremo al otro. Hacer ese largo rodeo hasta la plaza tan solo para dar la vuelta en la fuente y regresar. ¿Sabes cuántos cambios de luz debo aguardar en cada semáforo? ¡Pues no lo pienso hacer, de ninguna manera, mamá!

La señora Miller sacó valor de donde no lo tenía.

—Yo nunca te lo había querido decir, Harold me hizo prometer que te lo pediría, y que te convenciera de no ir más por el atajo de torre vieja. Por Dios, Julie, tan solo toma el camino más largo, ¿quieres? Por favor, no cuesta nada... —suplicó Thelma.

Julie negó una y otra vez con la cabeza.

—Ahora entiendo por qué todo aquello de las pesadillas de papá —dijo sin intenciones de ceder. ¿Cómo puedes dar credibilidad a semejantes tonterías?

Sin embargo, la señora Miller tampoco cedía, necesitaba ganar tiempo, es por ello que insistía una y otra vez con lo mismo.

—Pero ¿qué más da si solo te hace tardar unos minutos más de tu tiempo? ¿Tú no crees que es preferible ir por una ruta segura? Piensa un momento en ese pequeño niño que tienes, es mi nieto y a él también lo quiero —dijo Thelma haciendo una breve pausa—... Tu padre me lo venía advirtiendo.

—¡Advertir! ¡Haz esto! ¡No hagas aquello...! ¿Hasta cuándo vas a seguir con ese tema? ¡Durante toda mi vida ustedes no han hecho más que manejarla con advertencias! ¡Esto ya es el colmo, mamá! ¿Acaso no ves que no soy una niña? —contradijo Julie haciendo un corto silencio, quien después de haber tirado la puerta salió refunfuñando de casa de su madre.

—¡Julie hija, por el amor de Dios, no te vayas así! —suplicó Thelma de nuevo—. No he terminado de hablar todavía, hay algo muy importante que no te he dicho aún. ¡Por favor, hijita...!

Tal vez en el fondo, era Julie a quien le costaba aceptar que su padre hubiera fallecido, dejando a su madre sola. En gran medida, era ese

el motivo por el que exteriorizaba su rebeldía. No obstante, su decisión estaba tomada y no estaba dispuesta a cambiar su voluntad.

Bueno o malo, un presagio es un presagio. ¿Cómo puede alguien ver las señales de un presagio, salvo la persona que anuncia el presagio?

Después de su divorcio, Julie prefirió seguir viviendo sola en su casa con su pequeño hijo, rehuyendo un poco el contacto y sobre todo las constantes fricciones que tenía con su madre. Desde entonces lo único que le importaba era su trabajo. Por fortuna, y gracias a que laboraba horas extras, conseguía ganar suficiente como para pagar los recibos de su lujoso auto y para que le cuidaran a su pequeño niño. Si había algo que producía un estado de estupor en la hija de los Miller, era tener que dejar a su hijo en casa de su madre mientras tuviera que trabajar. La sola idea de que pudieran meterle toda esa basura supersticiosa y muchas de aquellas ridículas creencias la horrorizaban.

En alguna ocasión llegó a confesarle a su madre que, por estar creyendo en esas estupideces, ella se había alejado de ellos, así como del resto de la familia. Fue por ello que, desde la muerte de Harold Miller, su hija Julie se negó a pasar de nuevo un fin de semana o dormir siquiera una noche en casa de su madre. Ni aun cuando la visitaba en ocasiones durante el día, se atrevió a subir las escaleras que daban al piso superior para poner un solo pie en la que había sido su antigua habitación.

«¿Desde la tumba piensa seguir influyendo en mis decisiones?, “no hagas esto, no hagas aquello...” ¿Hasta cuándo... “ve por aquí, ve por allá”? —especuló Julie—. ¡Pues no y no, de ningún modo pienso hacerle caso! Creo que ya soy lo suficientemente grandecita como para tomar mis propias decisiones».

Su madre escuchó cuando Julie tiró la puerta con furia. Era la primera vez que lo hacía, y a pesar de su temperamento volátil, nunca antes se había atrevido a reaccionar de forma parecida.

Thelma Miller no llegó a prestar atención cuando su hija puso en marcha el motor de su auto y salió disparada dejando un fuerte olor a llantas quemadas. Sabía que la muchacha tenía un carácter difícil, pero desde la muerte de su padre siempre andaba de mal genio y parecía como si hubiera perdido el dominio de sí misma. Para Thelma, en cambio, solo había resignación, y aunque nunca más se acercó por el parque donde solía dar largos paseos con su esposo, solo en contadas ocasiones se detuvo a orillas del lago para conversar a solas con él.

Julie pasaba semanas enteras sin atreverse a visitar a su madre siquiera, y pocas fueron las veces que llevó a su pequeño hijo con ella

para que pudiera saludar y darle un beso a su abuela.

#### IV

Thelma salió de casa muy temprano una fría mañana. Contempló en la distancia el viejo Roble que vio crecer y decidió detenerse a orillas del lago por última vez para conversar en solitario con su amado Harold. Algo le venía diciendo que el espejo de agua se congelaría ese año.

«Ahora entiendo lo que me quisiste decir, querido. Aquí me encuentro frente a nuestro árbol, el mismo que tú y yo sembramos de niños cuando estábamos en la escuela. ¿Te acuerdas? Esa fue la vez que nos conocimos y nos hicimos amigos. Quién iba a pensar que años después tú y yo terminaríamos... ¡Mira cómo se está deshaciendo nuevamente de todas sus hojas!» —se decía Thelma, hablándole en voz baja.

»Tú me decías que cada vez que viene el invierno hace eso porque le llega la hora de dormir. Pues siento también que la mía está llegando, amor. Esta vez sí creeré en ti, mi amado Harold. Julie nunca quiso escucharme. Sé que me estás esperando, lo he estado presintiendo desde que te marchaste. ¿Sabes?, en cierto modo supe que me dejarías cuando me abrazaste por última vez aquella noche de invierno, es solo que no quería aceptarlo.

»Aún tengo fresco en mi memoria aquellas palabras que me dijiste: "cariño, no hay motivo para tener miedo, solo deja pasar los trenes de la segunda y tercera estación, yo aguardaré por ti en el andén apenas llegues a la cuarta estación... Allí voy a estar esperándote amor mío, para que ambos tomemos el último vagón"

Una tibia lágrima nacarada se deslizó suavemente por la mejilla de Thelma Miller al mismo tiempo que vio caer la última hoja del viejo roble que habían sembrado juntos.

«Yo sé que será así, mi amado Harold. Falta muy poco, falta muy poco ya...» —terminó sentenciando la mujer.

#### V

Y así fue que sucedió todo, tal como se lo dijo Harold al oído. Aquella fue su última "metáfora".

El corazón de Thelma dejó de latir durante la segunda semana de invierno, diez meses más tarde después que su marido hubiera fallecido, justo en la cuarta estación.

Una semana más tarde, la misma mañana en que se dirigía a colocar flores en la tumba de sus padres, Julie Miller tomó el atajo de siempre, el cruce por Torre Vieja y se detuvo bruscamente frente al andén de la cuarta estación. Algo la hizo permanecer un momento en ese lugar y por alguna razón desconocida puso la marcha de su auto en parking. Por un momento creyó estar viendo una imagen en la distancia, al principio fue algo borrosa, tal vez solo se trataba de una "metáfora". Pero esta se fue aclarando poco a poco hasta que logró apreciar la imagen de dos personas adultas saludando.

«Pero ¿iqué rayos...!? ¿Será posi...ble?», articuló sin poder salir de su asombro.

Se trataba de la viva estampa de sus padres, Harold y Thelma, los que creía estar contemplando tomados de la mano y envueltos dentro de un brillante halo de luz. Por un instante Julie les devolvió una sonrisa, ya que tuvo la leve impresión de como si le estuvieran agitando la mano o diciéndole adiós. Se dijo a sí misma que parecía como si ambos hubieran estado aguardando por el tren que venía a recogerlos en ese andén. Julie alzó la vista y sobre un poste leyó la palabra: ANDÉN N° 4.

«¿Papá... Mamá?», murmuró incrédula.

Aquellas imágenes correspondían a las únicas dos personas que veía allí paradas. Sin embargo, lo que consideró muy extraño fue que, en lugar de estar despidiéndose de ella, hacían demasiados aspavientos con las manos. Thelma y Harold gesticulaban con sobresalto, como si le estuvieran haciendo señales de urgencia, o tal vez de advertencia, señales, no obstante, que ella no tuvo tiempo de interpretar su significado. A pesar de que no creía en supersticiones ni en visiones imaginarias, por un momento Julie hizo lo mismo, sonrió con ternura y sacó el brazo por la ventanilla de su auto en un intento por responder a aquel imaginario saludo que le hacían sus padres desde la estación del andén número cuatro.

Su efímera sonrisa duró apenas una fracción infinitesimal de tiempo, pues cuando el agudo y potente silbato de la locomotora que se acercaba anunció repentinamente que se aproximaba a toda velocidad, fue muy tarde para que Julie reaccionara y pusiera en marcha su automóvil de nuevo. Sin darse cuenta, Julie Miller se había parado exactamente sobre el paso de trenes de "El Cruce de Torre Vieja..."